

ÍNDICE

Introducción	7
I. Replantear las políticas de defensa	11
II. La responsabilidad de proteger a las poblaciones en peligro	27
III. El mito de la seguridad mediante el rearme	33
IV. El control del comercio de armas y de las armas ligeras	41
V. El control de las armas inhumanas	49
VI. El control de las armas de destrucción masiva: por un mundo sin armas nucleares	57
VII. Las medidas de confianza	65
VIII. El desarme de ex combatientes: el microdesarme	73
La agenda del DDR	80
El desarme y la desmovilización	86
La reinserción y la reintegración	89
Anexo I	
El Departamento de Asuntos de Desarme de las Naciones Unidas	93
Anexo II	
Webs de interés	95

INTRODUCCIÓN

Me inicié en el tema del desarme hace ya cuarenta años, cuando tenía 19, y gracias a Joan Baez. Por aquel entonces, me interesó la valiente actitud de un joven valenciano, Pepe Beúnza, que había decidido no hacer el servicio militar obligatorio y se había declarado objetor de conciencia por motivos éticos. Fue detenido y se puso en marcha una campaña internacional para exigir su libertad. Joan Baez dedicó parte de las ganancias de un concierto que dio en Toulouse para que se hicieran actividades a favor de la objeción de conciencia en España, y con este ingreso un grupo de activistas que apoyábamos la objeción de conciencia desde una praxis no violenta compramos el primer anuario del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), Armamentos y Desarme Mundial, que me apasionó hasta tal punto que desde entonces no he dejado de consultarlo a lo largo de mi vida. Muchos datos de este libro corresponden al anuario de 2011.

Durante los años sesenta, setenta y ochenta, el mundo vivió una locura sumamente peligrosa, de la mano de las dos grandes potencias militares, los Estados Unidos y la Unión Soviética, enfrascadas en una carrera armamentista que puso al planeta al borde del abismo de la destrucción, a causa de la gran cantidad de armas nucleares, químicas y biológicas, amén de las convencionales, que se acumulaban en sus arsenales, y se instauró además un

orden, el militarismo, que fue adoptado por la mayor parte de los países del planeta, y que llegó a extremos imposibles de justificar desde una mente racional. El llamado sistema-guerra, imperante en aquel entonces, intentaba justificar un sinfín de conflictos armados que, en su mayor parte, se desarrollaban en la Periferia, en el llamado Tercer Mundo, convertido en el campo de batalla de la confrontación de las dos grandes potencias, ya que merced a la destrucción mutua asegurada, que hubiera supuesto la utilización de las armas nucleares entre ellas, libraban su particular batalla de intereses en el Sur, que ponía los muertos.

En aquella época, se impuso una feroz carrera por los gastos militares, que iban creciendo año tras año por todos los continentes, castigando especialmente a los países pobres que, merced a ese orden internacional dominado por las grandes potencias, se veían obligados a comprar grandes cantidades de armas fabricadas por un selecto grupo de países del Norte, curiosamente los países miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, que teóricamente eran, y son todavía, los encargados de promocionar la paz y la seguridad a nivel global. La guerra, además de destructiva, se convirtió en un negocio sumamente rentable, como también lo era la disuasión, es decir, la no guerra, en el marco del militarismo universal.

La irracionalidad de este orden de cosas y su tamaño estupidez, por fortuna, chocó con una opinión pública cada vez más sensibilizada por los peligros del rearme y del militarismo. Intelectuales, académicos y científicos de todo el mundo alzaron la voz contra este absurdo, y miles de ciudadanos de todos los continentes se movilaron para denunciar el peligro de esas políticas. Se crearon movimientos y organizaciones, se hicieron campañas nacionales e internacionales y se empezó a sensibilizar sobre la necesidad de proceder al desarme, como antídoto de las políticas de destrucción. La gran ola de contestación tuvo su punto álgido en

los años ochenta, en plena Guerra Fría, y obtuvo resultados en los años noventa, cuando el desarme era ya una política pública y una necesidad reconocida por la mayoría de los estados. En términos generales, se redujo el peligro de una guerra nuclear, se prohibieron determinadas armas y se redujeron los gastos militares. Hasta que entrados ya en el siglo XXI, han vuelto a surgir políticas armamentistas que nos recuerdan a los viejos tiempos y nos obligan a sacar de nuevo las banderas del desarme, que teníamos guardadas en el armario de la historia. En otras palabras, el mundo de hoy gasta en armas y aparatos militares más que nunca, y esto nos impulsa a plantearnos de nuevo los riesgos de este orden universal y la necesidad de proceder a una nueva oleada de desarme, la segunda, que permita poner las cosas en su sitio, para que las políticas de defensa y seguridad sean compatibles con el desarrollo humano, en lo que se ha denominado la seguridad humana. En los últimos años se han conseguido ya importantes objetivos en materia de desarme. La segunda oleada del desarme empezó con la prohibición de las armas químicas, las minas antipersona y las bombas de racimo. Ha de continuar con políticas de seguridad menos militarizadas, la reducción de los gastos militares, el control del comercio de armas, el tratado que regula exportaciones, el control de las armas ligeras, el aumento de las medidas de confianza y el apoyo a los programas de desarme, desmovilización y reinserción de ex combatientes. Una agenda de desarme para la segunda década de este siglo. Este pequeño libro pretende explicar lo que se hizo en la primera oleada del desarme y lo que resta por hacer en la nueva oleada. Cuarenta años después de mis primeras lecturas sobre el desarme, espero que este libro sirva para que la gente que está indignada por las injusticias del mundo adopte el desarme como tema de su agenda, tal como yo hice en mis años de juventud.